El inicio de la primavera

Penelope Fitzgerald

Traducción del inglés a cargo de
Pilar Adón

Postfacio de
Terence Dooley

IMPEDIMENTA

1

En 1913, ir de Moscú a Charing Cross con escala en Varsovia costaba catorce libras, seis chelines y tres peniques, y suponía dos días y medio de viaje. En el mes de marzo de 1913, la esposa de Frank Reid, Nellie, inició ese periplo desde el número 22 de la calle Lipka, en la zona de Jamovniki, y se llevó a sus tres hijos con ella, es decir, a Dolly, a Ben y a Annushka. Annushka (o Annie) tenía dos años y nueve meses, y seguramente le iba a dar mucho la lata, más que los otros dos juntos. Sin embargo, Dunyasha, la empleada que cuidaba de los niños en el 22 de la calle Lipka, no se marchó con ellos.

Dunyasha debía de estar al tanto de todo, pero Frank Reid no. Y fue al regresar a su casa, directamente de la imprenta, cuando se enteró de lo sucedido gracias a una carta que, como le dijo Toma, su sirviente, le había llevado un mensajero.

—¿Dónde está? —preguntó Frank mientras recogía la carta. Era la letra de Nellie.

—Ya se ha ido. Pertenece al Gremio de Mensajeros, y no se le permite quedarse a descansar.

Frank se dirigió a la parte trasera de la casa, torció a la derecha y entró en la cocina, donde se topó con el mensajero, que había dejado su gorra roja en la mesa, frente a él, y estaba bebiéndose un té con la cocinera y su ayudante.

—¿De dónde has sacado esta carta?

—Me llamaron para que viniera —dijo el mensajero poniéndose de pie—, y me la entregaron.

—¿Quién te la dio?

—Su esposa, Elena Karlovna Reid.

—Esta es mi casa y yo vivo aquí. ¿Para qué iba a necesitar mi mujer mandarme un mensajero?

A esas alturas ya habían entrado en la cocina el limpiador de zapatos, al que llamaban el Pequeño Cosaco, la lavandera, que iba todas las semanas sin excepción, la doncella, y Toma.

—Le dijeron que se la entregara en su oficina —dijo Toma—. Pero hoy ha regresado usted a casa antes de lo habitual y se me ha adelantado.

Frank había nacido y crecido en Moscú, y, aunque era tranquilo y poco expresivo por naturaleza, sabía que había determinados momentos en que su vida debía quedar expuesta ante los ojos de los demás como si estuviera subido a un escenario. Así que se sentó junto a la ventana, a pesar de que eran las cuatro y ya había anochecido, y abrió la carta delante de todos. No recordaba haber recibido más de dos o tres cartas de Nellie en todos los años que llevaban casados. No había sido necesario, ya que casi nunca se separaban y, además, ella hablaba mucho. Aunque últimamente no tanto, quizá.

Leyó lo más despacio que pudo, pero la carta solo constaba de unas pocas líneas, en las que le decía que se marchaba. No mencionaba nada acerca de volver a Moscú, y él llegó a la conclusión de que no había querido decirle lo que le ocurría

realmente. Al final de la página le pedía que no creyera que existía la menor amargura en lo que le contaba, y que esperaba que él recibiera la noticia con el mismo espíritu. Decía también algo acerca de que se cuidase.

Todos se quedaron mirándole en silencio. Como no deseaba decepcionarles, Frank dobló el papel cuidadosamente y volvió a meterlo en el sobre. Luego miró hacia el umbrío patio, donde la pila de leña para el invierno había quedado ya reducida a la cuarta parte de lo que fue alguna vez. Las lámparas de aceite de los vecinos brillaban aquí y allá al otro lado de la valla trasera. Gracias a un acuerdo con la compañía eléctrica de Moscú, Frank había instalado su propia iluminación de veinticinco vatios.

—Elena Karlovna se ha marchado —dijo—, y se ha llevado a los tres niños. No sé cuánto tiempo estará ausente. No me ha dicho cuándo va a volver.

Las mujeres comenzaron a llorar. Debían de haber ayudado a Nellie a preparar su equipaje, y se habrían quedado con la ropa de invierno que no cabía en los baúles, pero sus lágrimas eran auténticas, y traslucían verdadero dolor.

El mensajero estaba todavía de pie junto a él, con su gorra roja en la mano.

—¿Le han pagado a usted ya? —le preguntó Frank. El hombre dijo que no. A los del gremio se les pagaba según unas tarifas fijas, que suponían de veinte a cuarenta kopeks, pero en aquel caso no sabía si había hecho algo o no para merecer tal pago. El encargado del patio y de los animales entró también en la cocina, cubierto de grasa y de serrín, y acompañado del inconfundible aroma del frío.

Tuvieron que contárselo todo de nuevo, a pesar de que también él debió de haber ayudado a cargar el equipaje de Nellie.

—Lleven un poco de té a la sala de estar —dijo Frank, y le dio al mensajero treinta kopeks—. Cenaré a las seis, como de costumbre.

La idea de que los niños no se encontraran allí, de que Dolly y Ben no regresarían de la escuela y de que Annushka no estaba ya en la casa, lo asfixió. Esa misma mañana tenía tres hijos y ahora ya no tenía ninguno. Era incapaz de precisar cuánto iba a echar de menos a Nellie, incluso cuánto la echaba de menos ya. Decidió dejar aquello a un lado, y juzgar las consecuencias más tarde. Llevaban tiempo considerando la idea de hacer un viaje a Inglaterra, y Frank, con ese propósito, había preparado los pasaportes de la familia en la comisaría local y en el departamento central de policía. Posiblemente, fue al firmar su pasaporte cuando a Nellie se le debió de meter aquella idea en la cabeza. Aunque, ¿cuándo había permitido Nellie que se le metiera cualquier tipo de idea en la cabeza?

Desde que fuera creada por el padre de Frank en Moscú en la década de 1870, la empresa Reid se había dedicado a importar y montar maquinaria destinada a la impresión. Para complementar la actividad, había adquirido una imprenta más bien pequeña, y ese era el único negocio con el que contaba Frank en ese momento. Con la planta de montaje ya no había nada que hacer, puesto que los alemanes y la competencia que suponía la posibilidad de importar directamente eran demasiado fuertes. Pero la imprenta Reid iba bastante bien, y además contaba con la clase de responsable que resultaba razonablemente eficaz para llevar la contabilidad de una empresa como aquella. Aunque tal vez la palabra «razonable» no fuera la más adecuada para describir a Selwyn. No tenía esposa y parecía no sufrir por ello. Era un seguidor de Tolstói, más ferviente aún si cabe desde la muerte de este, y por si fuera poco escribía poesía en ruso. Frank daba por hecho que

la poesía rusa hablaba sobre todo de abedules y de nieve, y lo cierto era que en los últimos versos que Selwyn le había leído, había bastantes abedules y había también bastante nieve.

Frank se dirigió al teléfono. Marcó dos veces y pidió que le pusieran con la imprenta Reid. Tuvo que repetir la orden. Mientras tanto, entró Toma con un samovar, el pequeño, que seguramente era el más adecuado para el dueño de la casa ahora que se había quedado solo. El agua acababa de romper a hervir y lanzaba un ligero sonsonete cargado de agradables promesas.

—¿Qué hacemos con las habitaciones de los niños, señor? —preguntó Toma en voz baja.

—Cierra las puertas y déjalas como están. ¿Dónde está Dunyasha?

Frank sabía que podía hallarse en cualquier lugar de la casa, tratando de pasar inadvertida como una perdiz en su agujero, para que nadie pudiera echarle la culpa de nada.

—Dunyasha quiere hablar con usted. Ahora que no están los niños, quiere saber en qué va a consistir su trabajo.

—Dile que esté tranquila. —Frank pensó que hablaba como el caprichoso amo de un contingente de siervos. Que él supiera, nunca les había dado motivos para que sus criados se preocuparan por la estabilidad de sus empleos.

La llamada por fin llegó, y la tranquila y meditabunda voz de Selwyn respondió en ruso:

—Te escucho.

—Mira, no quiero interrumpirte esta tarde, pero ha ocurrido algo inesperado.

—No pareces tú, Frank. Dime, ¿qué ha sucedido? ¿Se trata de algo alegre o de algo triste?

—Yo diría que de algo bastante sorprendente. Pero si he de elegir, diría que es más bien triste.

Toma salió al vestíbulo un instante, diciendo algo sobre los cambios que había que llevar a cabo a partir de ese momento, y luego se retiró a la cocina. Frank continuó:

—Selwyn, es Nellie. Ha regresado a Inglaterra, creo. Y se ha llevado a los niños.

—¿A los tres?

—Sí.

—¿Y no podría ser que quisiera ver a…? —Selwyn vaciló un instante, como si le resultara muy difícil encontrar las palabras adecuadas para referirse a las relaciones humanas más corrientes—. ¿No será que quiere visitar a su madre?

—No me ha dicho ni una palabra en ese sentido. Además, su madre ya había muerto cuando nos conocimos…

—¿Su padre, entonces?

—Solo tiene un hermano. Y vive donde siempre, en Norbury.

—¡En Norbury, Frank! ¡Y además, huérfano!

—Bueno, también yo soy huérfano, si nos ponemos así. Y tú también lo eres.

—Ya, pero yo tengo cincuenta y dos años…

Selwyn contaba con una buena dosis de sentido común, algo que ponía de manifiesto en el trabajo y también, de la manera más inesperada, en las ocasiones más dispares, cuando parecía casi imposible. Ahora decía:

—No tardaré mucho. Estoy terminando de verificar que los salarios que pagamos concuerdan con nuestros cálculos. Me dijiste que querías que lo hiciera con más frecuencia.

—Y quiero que lo hagas con más frecuencia.

—Cuando acabe, ¿por qué no cenamos juntos, Frank? No quiero ni pensar en que puedas estar sentado ahí solo, mirando a una silla vacía. Podría ser algo ligero. Y en mi casa, mejor que en ese restaurante tan lúgubre al que siempre me llevas.

—Gracias, pero no. Nos veremos mañana, a la hora de siempre, a eso de las ocho.

Volvió a posar el micrófono en su sólida pieza de latón y comenzó a merodear por la casa, sumida ahora en un completo silencio. Solo se oían las voces procedentes de la cocina, que se elevaban distantes para volver a caer luego, y que, a pesar de romperse en una continua explosión de sollozos, parecían más bien los ecos de una bulliciosa fiesta. Destartalada y, a los ojos de Frank, muy espaciosa, su casa constaba de una planta de piedra y otra de madera sobre ella. Una amplísima estufa, revestida de azulejos blancos de la zona del Presnia, hacía que toda la planta baja se mantuviera caldeada. En el exterior, hacia la curva del río Moscova, unas curiosas vetas de un luminoso amarillo limón surcaban el cielo de color pizarra.

Alguien se encontraba ante la puerta principal, y Toma hizo entrar a Selwyn Crane. Aunque Frank le veía casi todos los días en la imprenta, olvidaba a menudo, hasta que volvía a encontrarse con él en un entorno diferente, el aspecto tan inusual que ofrecía para tratarse de un hombre de negocios inglés. Era alto y delgado, aunque también lo era Frank. Pero Selwyn, con su porte ascético, su amable sonrisa, el sincero interés con que se interesaba por los demás, y su aire de no estar muy cuerdo del todo, parecía haberse dejado ir y escapado de una realidad mundana hasta llegar a cierto tipo de debilidad consumida, casi hasta la transparencia. Vestía una especie de levita negra, un par de pantalones de *tweed* inglés que le había hecho un sastre de Moscú, y que le quedaban demasiado cortos, y una camisola de cuello cerrado al estilo de las que usaban los campesinos rusos, a modo de homenaje a la memoria de Lev Nikoláievich Tolstói. En la habitación templada, sin damas presentes, se quitó la levita y dejó que los pliegues de la tosca tela de su camisa se adhirieran a las formas de sus magras costillas.

—Aquí estoy, mi querido amigo. Después de las noticias que me has dado, no podía dejarte solo.

—Pues eso es justo lo que me habría gustado que hicieras —dijo Frank—. Espero que no te importe que te lo diga. Preferiría que me dejaras en paz.

—He venido en el tranvía veinticuatro —dijo Selwyn—. Tuve suerte y cogí uno casi en seguida. No te preocupes, que no voy a quedarme mucho tiempo. Resulta que estaba en mi mesa y de repente se me ocurrió una idea que podría resultarte útil. Creo que podrá consolarte, así que me levanté de inmediato y salí hacia la parada del tranvía. Hay cosas de las que no se puede hablar por teléfono, Frank.

Frank, sentado frente a él, hundió la cabeza entre las manos. Pensó que podía soportar cualquier cosa excepto que le endosaran una dosis de obstinada generosidad. No obstante, Selwyn parecía completamente decidido a seguir.

—La tuya es la actitud de un penitente, Frank. Y es innecesaria. Todos somos pecadores. La idea que se me ocurrió no se refiere a la culpa sino más bien a la pérdida, siempre que consideremos que la pérdida no es en realidad sino una forma de pobreza. Y la pobreza, o lo que el mundo concibe como tal, no es motivo de lamento sino de regocijo.

—No, Selwyn, no lo es —dijo Frank.

—Lev Nikoláievich quiso regalar todas sus posesiones…

—Pero lo hacía para que los campesinos fueran más ricos, no para ser él más pobre.

Las tierras que Tolstói tenía en Moscú quedaban a poco más de kilómetro y medio de distancia de la calle Lipka. En su testamento se las legó a los campesinos, que, desde entonces, se habían dedicado a talar sistemáticamente todos los árboles para hacer dinero rápido. Trabajaban incluso de noche, derribando árboles a la luz de los destellos de las lámparas de queroseno.

Selwyn se inclinó hacia delante. Sus grandes ojos color avellana le miraban intensamente, encendidos con la llama de una minuciosa atención y animados por la mejor de las voluntades.

—Frank, salgamos a caminar juntos cuando llegue el verano. Te conozco bien, pero al aire libre, en las llanuras y los bosques, seguramente empezaré a conocerte mejor. Eres un hombre valiente, Frank, pero creo que careces de imaginación.

—Selwyn, no quiero que nadie desnude mi alma. No esta noche. Para serte sincero, no me veo con fuerzas.

Una vez en el vestíbulo, Toma volvió a aparecer para ayudar a Selwyn a ponerse su abrigo sin mangas, hecho de piel de oveja sin tratar. Frank repitió que estaría en la imprenta a la hora habitual. En cuanto se cerró la puerta de la calle, Toma se lamentó de que Selwyn Osipych no hubiera tomado ni una taza de té, o siquiera un vaso de agua de Seltz.

—Solo ha venido a hacerme una pequeña visita.

—Es un buen hombre, señor; siempre de un lado para otro, en procura de los necesitados y los desesperados.

—Ya, pero esta casa no va a encontrar ni a unos ni a otros —dijo Frank.

—Tal vez le haya traído alguna noticia, señor, de su esposa.

—Tal vez lo hubiera hecho de trabajar en la estación de tren, pero no es el caso. Mi mujer tomó el tren a Berlín, y eso es todo lo que hay.

—Dios es misericordioso… —dijo Toma distraídamente.

—Toma, la primera vez que pusiste un pie en esta casa, hace ya tres años, el mismo en que nació Annushka, me dijiste que eras ateo.

El rostro de Toma pareció relajarse y en él se adivinaron unas curtidas arrugas de benevolencia que anticipaban horas de largas deliberaciones sin sentido.

—Yo no le dije que fuera ateo, señor, sino un librepensador. Quizá usted nunca se haya planteado la diferencia entre ambos términos. Como librepensador puedo creer en lo que quiera, y cuando quiera. Puedo confiarle a usted, dada su triste situación, a la protección de Dios esta noche, y mañana por la mañana creer que Dios no existe. Si fuera ateo me vería en la obligación de no creer, lo que impondría una injustificable restricción a mis pensamientos.

En ese momento descubrieron que la cartera de Selwyn, que era en realidad un maletín para instrumentos musicales lleno de papeles y muy acartonado después de los muchos chaparrones soportados a lo largo de muchos inviernos en muchas paradas de tranvía, se había quedado en el banquillo de debajo del perchero, donde ponían en fila las botas de fieltro. No era la primera vez que aquello ocurría, y ver allí aquel maletín, tan familiar, supuso una especie de consuelo.

—Me lo llevaré mañana por la mañana —dijo Frank—. Recuérdame que lo haga.